

Al Maestro

¡Oh Jesús! Dos mil años tu Palabra
nos enseña cómo vivir en armonía
y dos mil años no hemos comprendido
que la paz sólo se compra con amor.

¡Oh Jesús! Tú nos diste el camino ya marcado
el dolor nos purifica y santifica
pero la humanidad camina a ciegas
pues pretende hundirse en los placeres.

¡Oh! Jesús! Tu amor te obliga a perdonarnos
una vez y setenta veces siete
mas el hombre clama por venganza
y la avaricia es señora de la casa.

¡Oh Jesús! Tu curso vivificante, por muy pocos
puede ser tomado y aprobado
ya que el humano se pierde entre sus vicios
y muchos ni siquiera se inscribieron.

¡Oh Jesús! Si tu cátedra pudiéramos beber
cual el agua que te dio la samarita
entonces obtendríamos el pase
que sólo se consigue con amor.

No, pos sí

(Contracarte)

¡Qué bueno!, que volvió la actriz, compadre.

-No, pos sí.

-¡Ah, qué mi comadre! Si yo nunca dudé que volviera. Aquí
a sus hijos y a su compañero. Como usted decía, compadre,
que todo lo que brilla es...

-No, pos sí.

-Lo bueno fue que usted tuvo la ocurrencia de recibirla como
un prodigo: sin rencor, por el contrario. Se entiende que lo hizo
ellos, ellos qué culpa tienen. Ahora, que si usted fuese
más duro, la podría haber corrido y nadie se lo

Narraciones

...muchas peripecias que se tienen que pasar. Usted se lo hizo ver a la
madre pero ella estaba muy encandilada y como Gabino Barrera no
había razones. Usted porque es hombre de ley, que si no, se
habría de reemplazo y con decirle ahora: la que se fue a la villa,

-No, pos sí.

Y, vamos que usted se aguantó la depresión que le causó su
muerte; recuerdo que yo le dije: -Está que no lo calienta ni el sol.
-Pos sí, usted no es de los que se ahogan en un vaso de agua, y
más, mucho puso de su parte con hacerle frente a la
responsabilidad del doble papel con los crios.

Al Maestro

¡Oh Jesús! Dos mil años tu Palabra
nos enseña cómo vivir en armonía
y dos mil años no hemos comprendido
que la paz sólo se compra con amor.

¡Oh Jesús! Tú nos diste el camino ya marcado
el dolor nos purifica y santifica
pero la humanidad camina a ciegas
pues pretende hundirse en los placeres.

¡Oh! Jesús! Tu amor te obliga a perdonarnos
una vez y setenta veces siete
mas el hombre clama por venganza
y la avaricia es señora de la casa.

¡Oh Jesús! Tu amor vivificante, por muy pocos
puede ser tomado y aprobado
ya que el humano se pierde entre sus vicios
y muchos ni siquiera se inscribieron.

¡Oh Jesús! Si tu cátedra pudiéramos beber
cual el agua que te dio la samarita
entonces obtendríamos el pase
que sólo se consigue con amor.

No, pos sí

(Contraparte)

¡Qué bueno!, que volvió la actriz, compadre.

-No, pos sí.

- ¡Ah, qué mi comadre! Si yo nunca dudé que volviera. Aquí
venía a sus hijos y a su compañero. Como usted decía, compadre,
creyó que todo lo que brilla es...

-No, pos sí.

-Lo bueno fue que usted tuvo la ocurrencia de recibirla como
el hijo pródigo: sin rencor, por el contrario. Se entiende que lo hizo
por los pequeños, ellos qué culpa tienen. Ahora, que si usted fuese
de corazón más duro, la podría haber corrido y nadie se lo
hubiera tomado a mal.

-No, pos sí.

-Pero estuvo bien su actitud. Hacer cine no produce mucho
dinero ni mucha felicidad, sólo para algunos cuantos y ya se sabe por
todas las peripecias que se tienen que pasar. Usted se lo hizo ver a la
comadre pero ella estaba muy encandilada y como Gabino Barrera no
escuchaba razones. Usted porque es hombre de ley, que si no, se
busca otra de reemplazo y con decirle ahora: la que se fue a la villa,
perdió...

-No, pos sí.

Y, vamos que usted se aguantó la depresión que le causó su
abandono; recuerdo que yo le dije: -Está que no lo calienta ni el sol.
Pero eso sí, usted no es de los que se ahogan en un vaso de agua, y
además, mucho puso de su parte con hacerle frente a la
responsabilidad del doble papel con los críos.

¡Qué bueno!, que usted siempre ha seguido eso de Ándeme caliente y riase...

-No, pos sí.

-Ahora, que usted se mantuvo arrogante y digno como somos los hombres cabales, ni quién lo niegue; se aguantó el deseo de ir a buscarla; porque de que lo tuvo, lo tuvo.

-No, pos sí.

-Pa' mí, que la comadre hizo bien en volver. Allá en la capital qué le esperaba; la competencia es dura y ella no es ninguna quinceañera. Como luego dicen más vale pájaro en mano que ciento...

-No, pos sí.

-Eso sí, que los chavales la extrañaban mucho, pa' qué vamos a negarlo; si luego luego que la divisaron, corrieron a su encuentro y hasta el semblante se les iluminó; después de los apapachos, de la mano la llevaron a su presencia para que usted, compadre, la perdonara.

-No, pos sí.

Y usted, se puso muy serio; se mantuvo callado por mucho tiempo. A mí me tocó estar presente y, se lo confieso, su silencio me puso nervioso y empecé a creer que la comadre se tendría que marchar e imaginaba escuchar el llanto y los gritos de los chamacos. Ella se mantenía de pie; su mano apretaba la de mi ahijado y su rostro había desfigurado sus facciones por un llanto silencioso que no dejaba de rodar, hasta parecía que la habían puesto a parir chayotes.

-No, pos sí.

-Pero triunfó el sentimiento porque donde hubo fuego, cenizas... cuando salió su voz, se escuchó serena pero pesado el tono; su palabra sonó recia pero lenta, y cuando le espetó: -¡Basta de lloriqueos, con lágrimas no se come!, se acabó la incertidumbre; ella comprendió el significado, quién mejor que mi comadre para hacerlo, y corrió hacia la cocina, iba limpiándose la cara y los niños pegados a sus faldas como diciendo: -la unión hace la fuerza. Yo por mi parte me despedí, orgulloso de su acción, y recuerdo que le dije: Agua pasada no mueve molino.

-No, pos sí.

Tres vidas: tres roles

La Mujer

Eran las nueve cuando la mujer terminó de desayunar y preparar unas gorditas para llevar al hombre con el que vivía y que por ahora se encontraba tras las rejas. Levantó la vista y al darse cuenta de la hora se apresuró a tomar su paraguas, el saco, las llaves y su bolso. Antes de irse revisó las llaves del agua y del gas, cuando vio que todo estaba bien cerrado, sin perder más tiempo salió de la casa pensando en que a lo mejor no alcanzaba los horarios de visita; por las mañanas sólo se permitía ver a los presos de nueve a once y por las tardes de cuatro a seis. El penal estaba muy retirado de donde vivía, mediaban dos camiones y diez cuadras de peatón. Había adelgazado mucho desde que su hombre por una bravata de cantina había sido encarcelado.

A medida que se acercaba al lugar le inquietó su apariencia y sacó un espejo para revisar su maquillaje; también frotó unas gotitas de perfume barato en sus muñecas y detrás de las orejas. Se corrió el cintillo un ojillo pues le gustaba resaltar la estrechez de su cintura. Todo esto lo hizo como de manera habitual pero esta vez tenía un propósito especial. Ya había notado la insistente mirada del guardia sobre su persona y en su interior había calculado que eso era bueno para ella y su hombre.

Al llegar fue revisada por una celadora en la forma acostumbrada, ésta le dio el pase para que pudiera entrar a ver a su allegado. El la recibió secamente. No pudo evitar el notar que ella iba recién maquillada y perfumada. Ella le entregó las gorditas: -Las hice antes de venirme, están tibias... tienen bastante chile como a ti te gustan. El esbozó un gesto parecido a la sonrisa, las tomó pero no las abrió para probarlas.

A cinco metros, el guardia parecía no perder de vista a la pareja, pero en realidad sólo veía a la mujer. De vez en vez ella volteaba a verlo con cierto descaro que su hombre tuvo que percibir; no obstante, el hombre no hizo ninguna referencia al hecho y sólo mostraba su desaprobación dando algunos estirones a su largo y curvo bigote.

Ella se quejó del frío, de la lluvia, de lo caro que estaba todo en el mercado, de que la canasta básica ya no tenía precios rebajados ni fijos, de que pasaba hambre, de lo pesado de la soledad y de muchas cosas que el hombre oyó sin escuchar, como quien ve llover y no se moja. Cuando ella terminó su retahíla, él le preguntó si no volvería el jueves sólo iba los martes y los jueves- y ella respondió que sí. El la amonestó: A ver si vienes con menos pintura. Ella contestó: -Pero, si lo hago por ti; lo dijo en voz alta, sonora y contundente, mientras sus ojos buscaban los del guardia.

Se despidió con una sonrisa y se marchó con la creencia de que su hombre había quedado encantado por su visita, sobre todo, por la noticia que le había llevado: ya estaba a punto de reunir el dinero necesario para pagar un abogado. Del penal se dirigió al mercado donde le tocaba ayudar a doña Julia en la venta de coronas para el Día de Difuntos. Faltaba una semana y doña Julia le daba comisión por cada corona vendida. Ahí estuvo hasta cerca de las seis de la tarde y logró vender doce coronas.

Regresó a su casa y después de hacerse de cenar, encendió la radio y un cigarrillo sin filtro. Pensó en que si su hombre estuviera en esos momentos con ella lo primero que haría sería quitarle el cigarrillo y se alegró de su ausencia.

Fue un insensato instante de prepotencia del cual se arrepintió de inmediato. El hombre había sido bueno con ella; claro, tenía sus defectos como todo el mundo, pero ninguno que no fuera perdonable. De vez en cuando tomaba y entonces decía verdades como los niños, luego, no era raro que se topara con gente que se incomodara y, fácilmente, se pasa del debate a la trifulca al calor de las copas.

Ya eran varias las veces que por ello había ido a parar a la comisaría, pero por lo regular, salía esa misma noche o a lo sumo, por la mañana siguiente. Ahora era la primera vez que ya había transcurrido semanas y meses sin que saliera. Es que en esta ocasión se pasó de la raya se dijo la mujer como para justificar el encierro. El radio empezó a transmitir un programa de Lara y ella maquinalmente se puso a bailar como hipnotizada no antes de subir el volumen.

Cuando terminó el programa y el resto de los cigarrillos, apagó el aparato y se dispuso a contar el dinero que llevaba ahorrado; agregó lo de ese día y sonrió satisfecha. Pronto mi hombre saldrá libre se dijo. Al día siguiente se fue muy temprano al mercado como había quedado con doña Julia. Limpió el puesto, acomodó las coronas, anotó en el diario lo que había en venta y para cuando llegó la dueña, ella ya había vendido ocho coronas. La dueña se mostró tan complacida que le dijo que si seguía así de cumplida y buena vendedora, le iba a subir la comisión. La mujer sonrió satisfecha.

El jueves la mujer llegó más temprano al puesto. Se presentó con la cara lavada, no quería dar celos a su hombre; el proyecto era contar con el guardia para tener un aliado que los pudiera favorecer. Quizás -pensaba- este hombre pueda hacernos un favor en caso de necesitarlo.

Durante la conversación con su hombre no dirigió la mirada hacia el guardia. Éste, en cambio, no la apartó de ella. El hombre se dio cuenta y comenzó a sentir una molestia que fue creciendo como un nudo de fuego que subía desde su vientre quemando su esófago y llenaba su boca de un sabor insoportablemente amargo. Ella captó ese coraje -no de balde había vivido a su lado por un buen tiempo- y trató de suavizar la situación. Le contó de la falta que le hacía, de lo sola que se sentía, del dinero que iba aumentando gracias a sus economías y trabajos, mas él no la escuchaba. Ahora era él el que buscaba los ojos del guardia de vez en vez, sólo para encontrarlos puestos en su mujer; en esa mujer sin afeites y con ropa menos ajustada porque había hecho caso a su sugerencia; que en ese momento, hubo de aceptar, no rebajaba un gramo la belleza y gracia de ella.

La mujer se despidió, argumentando que doña Julia le había pedido que fuera más temprano y optó por irse al notar en los ojos de su hombre, ese sentimiento que ya le conocía: los celos. Se fue rápido, sin mirar al guardia; salió tensa y no pudo relajarse hasta que se instaló en el puesto de doña Julia. Ésta la notó nerviosa y le preguntó -¿Cómo va lo de su hombre, acaso va mal? No, respondió ella, es que aún no tengo el completo el dinero que cobra el abogado. Doña Julia la miró compasivamente y exclamó: -¡Sea por Dios!

La mujer comenzó su cantilena: Coronas, pase por sus coronas: Buenas, bonitas y baratas. El muchacho del puesto de enfrente le gritó: -Así como tú mi reina; el de a lado coreó: Yo las quiero bien heladas. La mujer sonrió con fastidio ante la broma rutinaria. Estaba sacudiendo una corona cuando sintió que a su espalda había alguien. Volteó bruscamente y se encontró con el guardia, quien indudablemente la había seguido.